

Al señor E. Mollinet, Director de la "Revista de Biografía y de Historia".—París, sep. tiembre.

Mi querido señor Mollinet: Encontré ayer por la noche al volver de Fontainebleau la carta en que mi docto amigo me pregunta, en nombre y en interés de la "Revista de Biografía y de Historia" quién es este compatriota mío Pacheco cuya muerte está siendo tan general y amargamente lamentada en los periódicos de Portugal. Y además, desea mi amigo saber qué obras o qué fundaciones, o qué libros, o qué ideas o qué mejoras dejó en la civilización portuguesa ese Pacheco, acompañado al tumbulo con tan sonoro y reverente llanto.

Casualmente yo conocía a Pacheco. Tengo presente, como en un resumen, su figura y su vida. Pacheco no legó a su país ni una obra, ni una fundación, ni un libro, ni una idea. Pacheco era entre nosotros su perior e ilustre únicamente por que "tenía un inmenso talento". Y aun ese talento, mi caro señor Mollinet, que dos generaciones soberbiamente aclamaron, no dió nunca una prueba positiva, expresa, visible, de su fuerza! El inmenso talento de Pacheco estuvo siempre callado, recogido en las profundidades de Pacheco! Constantemente atravesó la vida sobre eminencias sociales: Diputado, Director General, Ministro, Gobernador, de Bancos, Consejero de Estado, Par, Presidente del Consejo. Pacheco lo fué todo y lo tuvo todo en este país que, desde lejos y a sus pies, lo contempla, agombrado de su inmenso talento. Pero jamás en estas situaciones, ni por provecho suyo ni por urgencia del Estado, tuvo Pacheco necesidad de dejar salir, para afirmarse y operar fuera, aquel inmenso talento que allá dentro le sofoaba. Cuando los amigos, los partidos, los periódicos, las representaciones, los cuerpos electorales, la masa compacta de la nación, murmurando en derredor de Pacheco "¡qué inmenso talento!", le invitaban a ensanchar su poder o su fortuna. Pacheco sonreía bajando los ojos tristes por detrás de los dorados anteojos, y seguía, siempre hacia arriba, siempre más alto, a través de las instituciones, con su inmenso talento aherrado dentro del cráneo como en el cofre de un avaro. Y aquella reserva, aquella sonrisa, aquel brillar de sus anteojos bastaban al país, que en ellos sentía la deslumbradora evidencia del talento de Pacheco.

El inmenso talento de Pacheco

por Ega de Queiroz

Dedicamos esta reproducción del gran escritor portugués a la gran multitud de politiqueros empeñados en hacer grandes talentos con grandes mediocridades

Este talento nació en Coimbra, en el aula del Derecho Natural la mañana en que Pacheco, desafiando la "Sebenta", aseguró que el "siglo XIX era un siglo de progreso y de luz". El curso comenzó a presentirlo y a afirmar en los cafés de la Feira que había mucho talento en Pacheco, y esta admiración cada día creciente, del curso, comunicándose como los movimientos religiosos desde las multitudes impresionables a las clases razonadoras, de los muchachos a los viejos, llevó fácilmente a Pacheco a ganar un "premio" a fin de año. La fama de este talento se esparció por toda la Universidad, que viendo a Pacheco siempre pensativo, y ya con anteojos austero en sus pasos, con gruesos tratados debajo del brazo, adivinaba en él un espíritu que se concentra y se convierte todo en fuerza interna. Al dispersarse esta generación académica, llevó por el país hasta las más escondidas aldeas, la noticia del inmenso talento de Pacheco. Y ya en las oscuras boticas de Trazos Montes y en las parteras tiendas de los barberos del Algarve, se decía con respeto, con esperanza: "¡Parece que hay por ahí un joven de inmenso talento: Pacheco!".

Pacheco estaba maduro para la representación nacional. Vino al seno de ella traído por un gobierno (no recuerdo cuál) que consiguiera con trabajo y maña apoderarse del precioso talento de Pacheco. Después, en la estrellada noche de diciembre en que él en Lisboa, fué a Martinho a tomar té y tostadas, se susurró con curiosidad: "¡Es Pacheco un muchacho de inmenso talento!" Y desde que las Cámaras se constituyeran, todas las miradas, las del Gobierno y las de oposición, comenzaron a volverse con insistencia, casi con ansiedad, hacia Pacheco, que en la punta de un banco con servaba su actitud de pensador reconcentrado, con los brazos cruzados sobre el chaleco de terciopelo, la frente inclinada a un lado como bajo el peso de las riquezas interiores, y los anteojos centellantes. Al cabo, una tarde, en la discusión de la respuesta al discurso de la Corona, Pacheco hizo un movimiento para interrumpir a un cura bigojo que hablaba de la "libertad". El sacerdote se detuvo inmediatamente con deferencia; los taquígrafos abrieron vorazmente los oídos; y en toda la Cámara se apagó el desahogado susurro para que el inmenso talento de Pacheco pudiera manifestarse por primera vez en medio de un silencio dignamente majestuoso. Pero Pacheco no prodigó sus tesoros. De pie, con el dedo estirado (gesto que siempre fué muy suyo) Pacheco afirmó, en un tono que delataba la seguridad del pensar y del saber íntimo, "¡que al lado de la libertad debía coexistir siempre la autoridad!". Era esto muy poca cosa ciertamente; pero la Cámara comprendió bien que detrás de aquel corto resumen había un mundo, todo un vasto mundo de ideas sólidas. Durante meses no volvió a hablar; pero su talento inspiraba tanto más respeto cuando más insonante y cuanto más inaccesible se mostraba allá dentro, en el fondo, en el rico y poblado fondo de su ser. El único recurso que quedó entonces a los devotos de este inmenso talento (que ya los tenía incontables) fué con templar la testa de Pacheco, como se mira al cielo, con la certeza de que Dios está detrás disponiéndolo todo. La testa de Pacheco presentaba una superficie lisa, amplia y lustrosa. Y muchas veces junto a él, Consejeros y Directores Generales, balbuceaban maravillas: "¡No es necesario más! ¡Basta ver aquella testa!".

Pacheco formó parte luego de las principales Comisiones parlamentarias. Nunca, sin embargo, accedió a redactar un proyecto, dedeñoso de las especialidades. Apenas alguna vez tomaba en silencio una nota. Y cuando salía de su concentración, estirando el dedo, era para lanzar alguna idea general sobre el Orden, el Progreso, el Fomento, la Economía. Había en esto la evidente actitud de un inmenso talento que (como insinuaban sus amigos guiñando el ojo con finura) "espera llegar arriba". Por lo demás, Pacheco mismo enseñaba (esbozando con su gruesa mano el vuelo superior de una ala sobre una copuda arboleada) que el "talento verídico sólo debía conocer las

cosas "por las ramas". Este inmenso talento no podía dejar de contribuir a los Consejos de la Corona. Pacheco, en un cambio ministerial (provocado por una tremolina) fué ministro, e inmediatamente se notó que maciza consolidación viniera a dar al Poder el inmenso talento de Pacheco. En su departamento (que era el de Marina), Pacheco no hizo, durante los largos meses de gobierno, absolutamente nada, como insinuaran tres o cuatro espíritus acerbos y estrechamente positivos. Mas por primera vez, durante ese régimen la nación dejó de sentir dudas e inquietudes sobre nuestro Imperio Colonial. ¿Por qué? Porque estaba seguro de que últimamente los supremos intereses de ese Imperio habían sido confiados a un inmenso talento, al talento inmenso de Pacheco.

En las sesiones, Pacheco rara vez salía de su silencio repleto y fecundo. A veces, sin embargo, cuando la oposición se tornaba clamorosa, Pacheco descruzaba los brazos y tomaba lentamente una nota con lápiz; y esta nota, trazada con saber y con madurísimo pensar, bastaba para cohibir y anular a la oposición. ¡Es que el inmenso talento de Pacheco llegó a inspirar en las Cámaras, en las Comisiones, en todos los Centros, un saludable terror disciplinario! ¡Ay de aquel sobre quien fuera a destarse colérico, tan inmenso talento! ¡Ya tenía segura una humillación! ¡Así dolorosísimamente lo experimentó el pedagogo que un día se lanzó a acusar al señor ministro del Reino (entonces Pacheco dirigía el Reino) de descuidar la Instrucción del país! Ninguna reclamación podía ser más sensible a aquel inmenso espíritu que en frase marmórea y suculenta enseñara que "un pueblo sin Institutos es un pueblo incompleto". Estirando el dedo (gesto siempre tan suyo), Pacheco aplastó al hombre temerario con estas palabras tremendas: "Al ilustre diputado que me censura, sólo tengo que decirle que en estas cuestiones de Instrucción pública su excelencia ahí, en esos bancos, da gritos, y yo aquí en este sillón, hago luz". Yo estaba en la tribuna pública en

una asamblea de hombres, una tan apasionada racha de aclamaciones. Creo que fué a los pocos días cuando Pacheco recibió la gran cruz de la orden de Santiago.

El inmenso talento de Pacheco se tornaba poco a poco un credo nacional. Viendo que inquebrantable apoyo daba aquel inmenso talento a las instituciones a que servía, todos aquel supremo momento, y no recuerdo haber oído jamás en le apetecieron. Pacheco comenzó a ser Director General de Compañías y de Bancos. Cobiado por la Corona, penetró en el Consejo de Estados. Su partido reclamó ávidamente que Pacheco fuese su jefe. Por los otros partidos se aceptaba con sumisa referencia su talento. Poco a poco se concentraba la nación en Pacheco.

Al tiempo que envejecía y crecía en influjo y dignidades, la admiración por su inmenso talento llegó a tomar en el país ciertas formas de expresión, propias sólo de la religión y del amor. Cuando fué Presidente del Consejo había devotos que extendían con un dedo la mano sobre el pecho, miraban al cielo hasta poner los ojos en blanco, para murmurar piadosamente: "¡Qué talento!" Y había enamorados que cerrando los ojos y recalando un beso en las puntas apiñadas de los dedos, balbuceaban con languidez: "¡Ay qué talento!" Y para qué ocultarlo? Había otros a quienes aquel inmenso talento irritaba amargamente como un exceso y desproporcionado privilegio. A estos los oí yo gritar con furor dando patadas en el suelo: "¡Demonio, lo que es tener talento de más!" En tanto, Pacheco no hablaba, sonreía apenas. La cabeza cada vez se le tornaba más grande.

No he de recordar su incomparable carrera. Basta con que mi caro señor Mollinet recordara nuestros anales. En todas las instituciones, reformas, fundaciones, obras, encontraré el cuño de Pacheco. Portugal, todo moral y socialmente, está repleto de Pacheco. Todo lo fué y todo lo tuvo. ¡Deseo, guro que su talento era inmenso! ¡E inmenso se manifestó

el reconocimiento de su patria! Pacheco y Portugal, por lo demás, necesitaban ingustiblemente uno del otro, y ajustadísimo se completaban. ¡Sin Portugal, Pacheco no habría sido lo que fué entre los hombres; pero sin Pacheco, Portugal no sería lo que es entre las naciones!

Su vejez ofreció un carácter augusto. Perdió el cabello rápidamente. Todo él era cabeza, y más que nunca revelaba su inmenso talento, aun en las cosas mínimas. Me acuerdo muy bien de la noche (siendo él Presidente del Consejo) en que, en la sala de la condesa de Arródes, alguien, con ansia, deseó conocer lo que pensaba su excelencia de Cávovos del Castillo. Silenciosamente, magistralmente, sonriendo apenas, su excelencia, con mano grave, dió rápidamente un corte horizontal en el aire. En torno de él se elevó un murmullo de admiración. En aquel gesto, ¡cuántas cosas útiles, hondamente pensadas! Yo, por mí, después de mucho cavilar, lo interpreté de este modo: "Mediocre, mediana talla la del Sr. Cávovos!" ¡Por que, habrá usted notado, mi caro señor Mollinet, cómo aquel taliento siendo tan vasto, era al mismo tiempo tan fino!

Reventó: quiero decir, murió su excelencia casi de repente, sin sufrimiento, en los comienzos de este invierno. Iba precisamente a ser nombrado marqués de Pacheco. Toda la nación le lloró con infinito dolor. Yace en el alto de S. Joao bajo un mausoleo, en el que por sugestión del consejero Acacio (en carta al "Diario de Noticias") fué esculpida una figura de "Portugal llorando al genio".

Meses después de la muerte de Pacheco, encontré a su viuda en Cintra, en casa del Dr. Videira. Es una mujer (aseguraron amigos míos) de excelente inteligencia y bondadosa. Cumpliendo un deber de portugués, lamenté ante la ilustre y afable señora la pérdida irreparable, que era suya y de su patria. Mas cuando, como vido, aludí al inmenso talento de Pacheco, la viuda de Pacheco levantó con brusco espanto los ojos que conservaba bajos, y una fugitiva, triste y casi apañada sonrisa frunció las comisuras de su boca descolorida... ¡Eterno desacuerdo de los desfinos humanos! ¡Aquella mediana señora nunca pudo comprender a aquel inmenso talento! Créame, mi querido señor Mollinet, su muy devoto.

FRADIQUE



En formación la "Serie Tropical"

ULTIMA SERIE DEL AÑO 1939

Suscriba su acción ahora mismo

Recuerde que las series de esta casa se llenan MUY RAPIDAMENTE, debido a su SERIEDAD

Casimires de primera Materiales superiores

Corte y confección impecables Operarios competentes

SOLICITE su acción HOY MISMO a la

Sastrería "La Ultima Moda"

Teléfono 4777 HAROLD NICHOLAS Apartado 252

FRENTE AL PALACIO DE JUSTICIA

- SASTRERIA "LA ULTIMA MODA" de HAROLD NICHOLAS TELEFONO 477 - Frente al Palacio de Justicia - APARTADO 25
- Serie Atlántida Sorteo Nº 44 Favorecida la acción Nº 118 perteneciente al señor JORGE BAGNARELLO
 - Serie Navidad Sorteo Nº 37 Favorecida la acción Nº 87 perteneciente al señor ADAN GONZALEZ
 - Serie Titania Sorteo Nº 23 Favorecida la acción Nº 25 perteneciente al señor DIEGO MONTURIOL ALCAZAR
 - Serie Continental Sorteo Nº 17 Favorecida la acción Nº 110 perteneciente al señor MIGUEL BOLAÑOS.
 - Serie Porvenir Sorteo Nº 3 Favorecida la acción Nº 96 perteneciente al señor RICARDO MUÑOZ VEGA. (San Pedro de Poás).
 - Serie Dandy Sorteo Nº 1 Favorecida la acción Nº 114 perteneciente al señor ORLANDO RAMIREZ Q.

San José, 7 de Julio de 1939. V. U. B. JULIO CORDERO Agente Principal de Política Municipal. NOTAS: Al solicitar su vestido presente el último recibo al día. LAS DIFERENCIAS EN LOS CASIMIRES DEBEN PAGARSE AL CONTADO.